

Elección racional, cultura y estructura: tres enfoques para el análisis político

ALAIN DE REMES*

Resumen: El estudio de los fenómenos políticos y sociales puede realizarse usando diferentes enfoques. En este trabajo se analizan las fortalezas y debilidades de tres aproximaciones (elección racional, cultura y estructura) en torno a las cuales han girado las principales agendas de investigación de los académicos norteamericanos en los noventa. A manera de conclusión se establece que en los noventa, más que en décadas anteriores, se abre la oportunidad de sentar en la misma mesa a académicos formados en diferentes disciplinas y escuelas, pero dispuestos a entender de manera más precisa los fenómenos políticos y sociales ubicuos en la cambiante realidad mundial.

Abstract: Political and social phenomena can be studied using a variety of approaches. This study analyzes the strengths and weaknesses of three approaches (rational choice, culture and structure) around which the main research agendas of North American researchers have revolved. By way of a conclusion, it states that in the 1990s, more so than in previous decades, the opportunity arose for academics trained in different disciplines and schools, yet eager to understand the political and social phenomena found throughout the changing world situation, to work together.

Palabras clave: enfoques, elección racional, estructura, cultura, métodos y agenda.

Keywords: approaches, rational choice, structure, culture, methods and agenda.

INTRODUCCIÓN

EL ESTUDIO DE LAS CIENCIAS POLÍTICAS y sociales puede realizarse usando diversos enfoques. Sin embargo, privilegiar un enfoque y una metodología sobre otros puede dejar de lado aspectos importantes de los fenómenos políticos y sociales. Más aún, diferentes tradiciones de investigación suelen fundamentarse en una serie de supuestos y métodos que no siempre son compatibles. El propósito principal de este trabajo consistirá en analizar algunas de las fortalezas y debilidades que tienen tres enfoques (cultura, estructura y elección racional) para el estudio de los procesos políticos.

En la primera parte de este trabajo se describen los supuestos, metodologías y lagunas que tienen estas tres tradiciones de investigación. En la segunda parte se buscará analizar cómo estos enfoques han permeado la agenda de investigación en la ciencia

* Dirigir correspondencia al Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), Carretera México-Toluca 3655, Lomas de Santa Fe, C.P. 01210, México, D.F., tel.: 57-27-98-00, ext. 2208; fax.: 57-27-98-71 y 52-92-13-04; e-mail: alain@dis1.cide.mx.

política estadounidense. Por último, se sugiere que el avance de las ciencias sociales requiere entender los supuestos, la metodología y las limitantes que tiene cada enfoque. Asimismo se propone que las agendas de investigación más prometedoras son aquellas que buscan tender puentes entre diferentes tradiciones de investigación, además de combinar elementos teóricos y sustantivos que pueden capturar tanto los aspectos macro (estructuras y sistemas) como micro (motivaciones y mecanismos individuales) de los fenómenos sociales y políticos.

ELECCIÓN RACIONAL Y NUEVO INSTITUCIONALISMO

La escuela de la elección racional sin duda ha venido a establecerse como uno de los enfoques dominantes en la ciencia política norteamericana, especialmente en las últimas dos décadas. Sin embargo, los orígenes de esta tradición de investigación son bastante antiguos y pueden rastrearse en los trabajos de David Hume, Adam Smith y Marc Spencer.¹ En la segunda mitad del siglo XX, este enfoque volvió a cobrar una gran relevancia con la aparición de las obras de Kenneth Arrow (1951), Antony Downs (1957), William Riker (1962) y Mancur Olson (1965), entre otros.² Estos trabajos permitieron, por ejemplo, que el “análisis espacial” se convirtiera en una pieza clave en el análisis del voto individual. Asimismo propusieron las condiciones sobre el origen y persistencia de ciertas estructuras políticas como el federalismo y establecieron las condiciones de interacción estratégica bajo las cuales cada individuo toma sus decisiones en función de lo que hagan otros individuos. También popularizaron el problema del “gorrón”

¹ Con respecto a los trabajos de Hume y Smith se puede afirmar que la escuela de la elección racional y la del nuevo institucionalismo retoman conceptos como los de la prevalencia del interés individual, la emergencia espontánea de los mercados y los beneficios (de intercambio y coordinación) que propociona la mano invisible. Asimismo el nuevo institucionalismo retoma la idea de Spencer de selección social, en la cual las instituciones persistirán en la medida en que sirvan a una sociedad para sobrevivir en un mundo competitivo. Para mayor información sobre estos aspectos véase Jack Knight, 1992, *Institutions and Social Conflict*, Cambridge University Press, Cambridge.

² En esta breve reseña no es posible abordar con todo detalle las importantes contribuciones que hicieran estos autores al enfoque de la elección racional. De manera muy sucinta podemos señalar que el teorema de imposibilidad de Kenneth Arrow mostró cómo todas las reglas democráticas de decisión colectiva podían ser inestables si se mantenían algunos supuestos y requerimientos mínimos de elección racional. De esta manera, Arrow señala que no existe una función de utilidad social que no sea impuesta o escogida de manera dictatorial. La aportación de Arrow no sólo le valió ganar el premio Nobel, sino que tuvo un impacto decisivo en los académicos que pensaban que la regla de mayoría era una característica inherente a la democracia. Por su parte, la teoría económica de la democracia de Antony Downs sostiene que si dos partidos (posicionados a lo largo de un continuo ideológico) buscan ganar el apoyo de los electores, sus plataformas tenderán a converger hacia la posición del votante mediano. A esta aproximación se le denominó “análisis espacial”. Por último, la aportación de Mancur Olson consistió en demostrar que la lógica que opera en los grupos o asociaciones formadas por individuos es distinta de la que prevalece entre las empresas y el mercado, tal y como lo postularan autores como Arthur Bentley. La tesis central de Olson sostiene que los individuos sólo buscarán actuar de manera “grupala” y orientada hacia la consecución de los fines colectivos si existen incentivos “selectivos” para la cooperación.

(o *free rider*) que permitió sistematizar las condiciones bajo las cuales los individuos se unen para satisfacer sus demandas políticas o para la obtención de ciertos bienes colectivos.

Estos estudios pioneros se vieron enriquecidos a principios de la década de los ochenta con la aparición del trabajo seminal de Douglass North (1981, 1992) en el cual la interacción estratégica entre los individuos y las instituciones (entendidas como el conjunto de reglas formales e informales que rigen a una sociedad) inhibe ciertos cursos de acción y al mismo tiempo facilita otros. Las aportaciones de North dieron pie al surgimiento de una vasta bibliografía sobre los efectos que tienen las instituciones en el comportamiento de los votantes y diversos actores políticos, además de ofrecer marcos institucionales alternativos (en particular constituciones y sistemas electorales) para democracias emergentes (Geddes, 1996; Lijphart y Waisman, 1996).

Los enfoques de la elección racional se sustentan en una serie de supuestos entre los cuales destacan: la maximización de la utilidad, la consistencia en la estructura de preferencias del individuo, la toma de decisiones realizada bajo contextos de incertidumbre y la centralidad del individuo (o alguna unidad de análisis agregada que actúe de manera análoga a un individuo) en la explicación de los fenómenos sociales y políticos (Green y Shapiro, 1994).

El concepto de maximización de la utilidad se deriva directamente de la teoría microeconómica; sin embargo, la aplicación del supuesto en ciencias sociales es ligeramente diferente de la que haría un *homo economicus*. En ciencia política una persona maximiza su utilidad cuando, confrontada con una serie de opciones sobre sus posibles cursos de acción, escoge la opción que le parece más adecuada para conseguir sus fines. En otras palabras, se persiguen los medios que son eficientes y efectivos para lograr la consecución de objetivos dada una estructura de creencias y valores.

Con respecto a la consistencia en las preferencias, la mayoría de los teóricos de esta escuela concuerdan en que este factor es inherente a la definición de racionalidad. Los académicos que trabajan con este enfoque han tratado de minimizar hasta donde les ha sido posible la mayoría de los requisitos de consistencia, pero existen dos condiciones que no pueden ser eliminadas. El primer supuesto de consistencia ubicuo en todo análisis de elección racional es el de preferencias completas. Para ilustrar el concepto podríamos decir que un individuo que tiene que escoger entre dos posibles opciones, A y B, debe ser capaz de ordenar sus preferencias de tal manera que pueda expresar su mayor grado de satisfacción por la opción A sobre la B (o viceversa) o simplemente declararse indiferente entre la opción A y B (es decir, asignarles un mismo "grado de satisfacción" a ambas preferencias). El supuesto de preferencias completas no requiere que se le asignen valores numéricos a las preferencias, ya que no se busca medir la intensidad de las mismas. El segundo requerimiento de consistencia se refiere a que los ordenamientos en las preferencias son transitivos. En otras palabras, si la opción A es preferida a B, y B es preferida a C, la regla de transitividad requiere que A sea preferida a C. Nuevamente vale la pena recalcar que la transitividad no evalúa la intensidad de las preferencias o asigna montos de ninguna índole a diferentes resultados.

El tercer supuesto se refiere a que las decisiones y los cursos de acción que éstas conllevan se realizan bajo contextos de incertidumbre. A manera de ejemplo, podríamos señalar que un ajedrecista profesional sin duda buscará ganar un torneo con base en una estrategia predeterminada, pero muchas de sus decisiones también dependerán en gran medida de las estrategias que sigan sus oponentes (o del cálculo que el individuo haga sobre las acciones de sus contrincantes). En otras palabras, ningún jugador profesional de ajedrez al comenzar un torneo tiene la certeza absoluta de que podrá ser el vencedor en todas las contiendas, aunque sí puede hacer algunos supuestos sobre sus probabilidades de éxito o fracaso en función de las características que tengan sus oponentes. Debido a que la mayoría de las decisiones humanas se toman bajo contextos de incertidumbre, los académicos de la elección racional suelen asignar probabilidades numéricas a los diferentes cursos de acción.

El cuarto supuesto del método de elección racional establece que las explicaciones sobre grupos deben ser entendidas a partir de las acciones que se toman de manera individual.³ De esta manera, los actores escogen, prefieren, creen, aprenden y sus acciones son producto de la intención. Una de las aportaciones más interesantes de este enfoque consiste en haber demostrado cómo ciertos procesos colectivos producto de las acciones intencionales de los individuos pueden llevar a resultados no deseados, por no decir francamente irracionales. La clásica tragedia de los comunes, en la cual cada campesino de manera individual busca aprovechar los pastizales comunitarios para incrementar su bienestar personal viene aparejada con el peligro de la sobreexplotación del bien comunitario, lo que en el corto o mediano plazo se traducirá en un problema serio que amenaza la supervivencia de la comunidad. Sin duda, la aproximación de elección racional ha permitido descifrar de manera precisa cómo la lógica que sigue cada persona en el plano individual puede llevar a resultados subóptimos o perversos en el plano colectivo.

Por último, un elemento inherente a esta tradición de investigación es el concepto de "racionalidad". Sin embargo, existen divergencias importantes acerca de cómo se debería de utilizar este precepto. El primer punto de desacuerdo se relaciona con la importancia y la fuerza que se le deben dar a los supuestos sobre los fines de la elección humana. Los académicos denominados racionalistas "ligeros" piensan que los agentes son racionales en la medida en que emplean de manera eficiente los medios que tienen a su disposición para lograr los fines que desean (Ferejohn, 1991:292). En esta concepción, la racionalidad es de tipo "instrumental". Es decir, lo que se juzga es la adecuación de los medios a los fines, sin importar cuáles sean estos últimos. En contraste, también existen enfoques de racionalidad "pesados", los cuales no sólo se

³ Es importante señalar que no todos los estudios de elección racional toman al individuo como la unidad de análisis. Existen múltiples ejemplos en los cuales se asume que una determinada clase social, un Estado-nación o un partido pueden comportarse como actores unitarios y, por ello, se pueden emplear los mismos supuestos y métodos que se utilizarían en un plano individual. Para una excelente revisión sobre las implicaciones que puede tener el supuesto de actor unitario véase Jonathan Bendor y Thomas H. Hammond, 1992, "Rethinking Allison's model", *American Political Science Review* 63, junio.

conforman con la adecuación de los medios a los fines, sino que requieren información adicional sobre las preferencias y creencias de los agentes.

Un segundo punto de desacuerdo en la concepción de racionalidad se refiere a la cantidad de información relevante que los agentes deben tener para poder actuar. La mayoría de los modelos de economía neoclásica sobre comportamiento de mercado asumen que los consumidores o los productores poseen información “perfecta” y son capaces de asimilar, entender y usar esta información para la consecución de sus fines. Sin embargo, tal y como lo señalara Herbert Simon (1945) hace varias décadas, este supuesto es poco realista, ya que la búsqueda y procesamiento de toda la información necesaria para la toma de una decisión introduce costos de oportunidad (tiempo, dinero etc.) en los cuales la mayoría de la gente decide no incurrir. A manera de ejemplo, se podría señalar que es difícil suponer que un votante se encuentre perfectamente informado sobre todas las plataformas e ideologías de los diferentes candidatos que contienden por un puesto de elección popular. Por ello, la mayoría de los enfoques de elección racional parecen aceptar que los agentes deciden de acuerdo con la información que poseen.

La aproximación más socorrida en este enfoque es la interacción estratégica que se traduce en una formalización matemática denominada teoría de juegos. En este tipo de ejercicios numéricos, los individuos suelen calcular sus acciones en función de dos parámetros: 1) en función de las acciones que realizan otros individuos, especialmente si estas últimas afectan el objetivo buscado (tal y como lo haría un ajedrecista que busca derrotar a su oponente); 2) en función de las restricciones materiales e institucionales que le son impuestas por el entorno. De esta manera, los individuos deciden de acuerdo con sus restricciones. Asimismo, muchas instituciones generalmente vienen aparejadas con mecanismos de coerción (prohibiciones, multas, sanciones, amonestaciones, presiones sociales, etc.) que norman y limitan las acciones de los individuos. Resumiendo, el enfoque de elección racional implica explorar las condiciones bajo las cuales se facilita la elección individual. Por ello, conceptos como costos de oportunidad de las alternativas de acción, incertidumbre sobre el futuro, individuos adversos o propensos al riesgo son conceptos inherentes a este enfoque.

Un supuesto que muchas veces queda implícito en el enfoque es el de equilibrio; es decir, una situación en donde ningún individuo tiene incentivos para alterar el orden de las cosas o cambiar su elección. Este supuesto no forzosamente implica que todo comportamiento social sea estático o que todas las interacciones entre individuos produzcan equilibrios únicos u óptimos. Tal y como lo demostraran autores como Arrow (1951) y Olson (1965), bajo ciertas circunstancias, las interacciones entre individuos no conducen a ningún equilibrio (ciclos en las votaciones) y en otras se llegan a equilibrios múltiples o a soluciones subóptimas (tragedia de los comunes). Sin embargo, el supuesto de equilibrio permite al analista entender qué condiciones pueden romper con un equilibrio establecido. Entender la disrupción de un equilibrio requiere que se establezca una serie de hipótesis sobre choques exógenos u otras variables que puedan alterar el comportamiento de los individuos.

Las grandes virtudes del enfoque de la elección racional son la parsimonia (modelos con fuerte poder explicativo y pocas variables), el uso del método deductivo (que viene aparejado con un gran rigor analítico), el establecimiento de hipótesis alternativas (o contrafactuales) y su replicabilidad empírica (lo que conduce a un gran poder de generalización). Asimismo, autores como Hedstrom y Swedberg (1998) señalan que una de las contribuciones más importantes de esta nueva tradición de investigación es la de buscar los mecanismos causales en el plano individual que sirvan para la explicación de grandes procesos o sucesos. Tal y como lo sostiene Margaret Levi, "la elección racional ofrece microfundamentos de macroprocesos o eventos sociales" (Levi, 1997:23), pero quizás las dos aportaciones más relevantes de esta tradición consistan en haber colocado a los individuos en el centro de la explicación de los fenómenos políticos y ofrecer explicaciones contraintuitivas a fenómenos como el de la tragedia de los comunes.

Sin embargo, el método de elección racional ha sido criticado en varios aspectos. El primero y quizás el más importante es el supuesto de que los individuos actúan como seres racionales. Tal y como lo señalan autores como Lichbach, en la perspectiva de la elección racional los actores tratan de adaptarse a su entorno tomando decisiones y ello implica que son las condiciones externas y no la conciencia humana el punto central del enfoque: "la perspectiva racionalista es materialista en el sentido de que asume que son las condiciones materiales las que dictan la conciencia subjetiva y en última instancia producen la elección racional de los individuos" (Lichbach, 1997:250). De la misma forma, otros autores han señalado que este enfoque descarta problemas como la formación de la identidad individual o colectiva. De hecho, en la aproximación racional, las identidades personales o comunitarias son tratadas como exógenas y no constituyen un factor determinante para la construcción de relaciones e interacciones sociales armónicas.

Otra de las críticas más socorridas es que la elección racional suele considerar las preferencias de los individuos como exógenas y estables. Es decir, los enfoques de elección racional no ofrecen una teoría de cómo se forman las preferencias ni de cómo, una vez formadas, no deben ser cambiantes.⁴

Otros autores han señalado que las aproximaciones basadas en el enfoque de la elección racional suelen ser ajenas a la historia al no tomar en cuenta el contexto en el cual los individuos realizan su elección. Esta crítica ha sido parcialmente refutada, ya que la elección racional sí toma en cuenta algunos aspectos contextuales, especialmente los que se refieren a las instituciones que alteran el comportamiento de los individuos. No obstante, la crítica más importante a los modelos de elección racional

⁴ Sin embargo, tal y como lo señala Barbara Geddes, existen dos problemas mal entendidos con respecto a la estabilidad y la consistencia de las preferencias. Primero, los modelos de elección racional exigen que las preferencias sean consistentes (si A es preferido a B y B a C, A también es preferido a C). Por lo que concierne a la estabilidad de las preferencias, esto no significa que las preferencias no puedan cambiar en el tiempo, sino que en el momento de la elección el individuo tiene que tener preferencias estables. Para mayor información a este respecto, véase Barbara Geddes, 1995, "Uses and limitations of rational choice", en Peter Smith (comp.), *Latin America in Comparative Perspective*, Westview Press, Boulder, p. 86.

es que el contexto cultural en el cual se mueven los individuos no forzosamente altera su comportamiento.

Pero quizás la crítica más provocativa al enfoque de la elección racional sea aquella que hicieron Green y Shapiro (1994) al considerar que esta aproximación ha contribuido muy poco al avance del entendimiento de cómo funciona la política en el mundo real. De acuerdo con estos autores, muchos de los estudios sustentados en la elección racional sufren de patologías crónicas tales como: la formulación de hipótesis que son imposibles de verificar de manera empírica, evidencia que es seleccionada y probada de manera sesgada, y anomalías empíricas o discordancia con hechos del mundo real que muchas veces son ignoradas o esquivadas a través de la alteración *a posteriori* de argumentos deductivos (Green y Shapiro, 1994:6). La crítica que formularan estos dos académicos dio pie a un amplio debate y respuesta por parte de los académicos que se adhieren a los enfoques de la elección racional. En la obra editada por Jeffrey Friedman (1995), muchos autores sostienen que las críticas de Green y Shapiro son aplicables a los primeros trabajos de elección pública, más que a los enfoques sofisticados de elección racional de la década de los noventa. Asimismo, los defensores de este enfoque señalan que la mayoría de los trabajos de elección racional buscan explicar el comportamiento “promedio” de los individuos y reconocen que siempre es posible encontrar casos de desvío en la conducta humana. Sin embargo, los defensores de la elección racional sostienen que las anomalías y el alejamiento de patrones de conducta reconocidos constituyen un reto para cualquier tradición de investigación y no únicamente para los enfoques racionalistas.

Por último, vale la pena resaltar que el enfoque de la elección racional y el nuevo institucionalismo requieren explorar con más detenimiento dos aspectos que han sido subestimados: la formación de preferencias y el estudio de instituciones informales, las cuales también pueden alterar de manera significativa el comportamiento del individuo.

EL ENFOQUE ESTRUCTURAL

Los orígenes del enfoque estructural se remontan a los trabajos de Karl Marx (1861), Max Weber (1917) y Otto Hintze (1906), quienes fueron en gran medida los precursores de este método de análisis. Durante los cincuenta y principios de los sesenta, el enfoque estructural se vio dominado por el análisis de corte funcionalista producto de los trabajos de Marion Levy (1952), Robert Merton (1957) y Talcott Parsons (1959). Posteriormente muchos de los postulados funcionalistas fueron utilizados, modificados y refinados por autores como Easton (1965), Lipset (1981), Cutwright (1963), Almond y Powell (1966). Si bien ninguno de estos autores coincide plenamente en sus definiciones acerca de los conceptos de estructura y función, sí comparten plenamente la idea de que las explicaciones en ciencias sociales deben de sustentarse en estructuras sociales que cumplen una función en un sistema.

Siguiendo las explicaciones de Almond y Powell (1966), se puede afirmar que el análisis funcionalista debe de realizarse a partir de tres planos diferentes. El primer plano se refiere al análisis de las capacidades del sistema, es decir, cómo se comporta la unidad de estudio en su entorno. De ello se desprende que los sistemas políticos deben ser analizados en términos de insumos o demandas (generalmente denominados *inputs*) y productos (también conocidos como *outputs* o capacidad de respuesta del sistema). Los productos a su vez suelen ser clasificados en función de tres capacidades: extractiva, reguladora y distributiva. De esta manera, por ejemplo, los sistemas de corte totalitario suelen extraer de sus sociedades la mayor cantidad de recursos y al mismo tiempo regulan los comportamientos y las conductas en sus sociedades. Por último, algunos sistemas de tipo comunista suelen tener fuertes capacidades distributivas al transferir recursos de algunos sectores de la población a otros. En contraste, en los sistemas de corte democrático, las demandas de ciertos grupos sociales tienen efectos sobre los productos que ofrecen los gobiernos.

Un segundo aspecto central en el análisis funcionalista se refiere al sistema de conversión que explica cómo funcionan los sistemas de manera interna. En otras palabras, los sistemas políticos son concebidos como “cajas negras” que procesan demandas y las transforman en productos después de un proceso de conversión. Para ello es necesario estudiar cómo se forman las demandas y cuáles son los intereses atrás de éstas; cómo se combinan las demandas y cuáles son tomadas o descartadas; cómo se formulan las reglas y las leyes que prevalecen en una sociedad, cómo se aplican las reglas y cómo se comunican todas las actividades dentro del sistema político y con su entorno.

El tercer aspecto central del análisis funcionalista se refiere a las funciones de mantenimiento y adaptación del sistema, ya que los productos pueden generar nuevas demandas, las que a su vez requerirán cambios o especialización en algunas funciones de gobierno.

Sin duda una de las grandes líneas de investigación que se abrieron a partir de los postulados funcionalistas fue aquella inaugurada por Seymour Martin Lipset (1959) en la cual se buscó establecer vínculos causales entre la democracia y el desarrollo económico y que se denominó teoría de la modernización.⁵ La teoría de la modernización, tan popular en los años sesenta y principios de los setenta, proponía que el desarrollo económico propiciaba el surgimiento de sectores de clase media, los que a su vez “adoptarían la democracia como una forma de llegar al poder o como una expresión de los valores ilustrados que deberían prevalecer en la sociedad (esta diferencia no parecía crucial hace décadas)” (Smith, 1995:8). La propia teoría de la modernización fue rápidamente cuestionada por otra escuela de corte estructuralista que sin duda se constituye como la gran contribución de América Latina a la ciencia política: la teoría de la dependencia. Para esta escuela, el desarrollo económico de América

⁵ Sin embargo, los trabajos iniciales de Lipset en 1959 no pueden ser clasificados estrictamente dentro de la escuela de la modernización, ya que su análisis no tiene las características deterministas ni los postulados de equilibrio que tuvieron versiones posteriores de su propio trabajo y las publicaciones de otros exponentes de la teoría de la modernización.

Latina era diferente del que experimentaron Europa o Estados Unidos en su momento, ya que los países latinoamericanos habían llegado tarde y eran dependientes de los países desarrollados en capital, tecnología y mercados. Más aún, el tipo de desarrollo adoptado se caracterizó por una dinámica de gran desigualdad que produjo muchos beneficios para los sectores ligados al mercado mundial, pero a expensas de otros sectores y grupos sociales. Dadas estas condiciones, las élites de los países tenían que escoger entre el crecimiento económico sostenido (que venía aparejado con medidas tendientes a reprimir al sector laboral para no incrementar salarios, mantener baja la inflación y otras medidas económicas para atraer capital) y la satisfacción de las demandas materiales y democráticas que reclamaba la población. Los golpes militares que se dieron en los años sesenta y setenta en América Latina le dieron nuevos bríos a esta teoría.

A partir de mediados de los sesenta y durante la década de los setenta, un grupo de académicos retomó algunos de los elementos del marxismo y le dio un nuevo impulso al análisis de tipo estructural.⁶ Encabezado por Barrington Moore (1966), Perry Anderson (1974), Immanuel Wallerstein (1974), Charles Tilly (1975, 1978), Reinhart Bendix (1978), Theda Sckopol (1979), entre muchos otros, el análisis estructural comenzó a centrarse en temas como la construcción del Estado-nación, la guerra, el capitalismo, la industrialización, la urbanización y las condiciones que propician las revoluciones sociales, la democracia o el autoritarismo. A pesar de que existe una considerable diferencia en la temática y en los enfoques teóricos de estos autores, la característica común del análisis estructural utilizado por estos académicos es el estudio de procesos de gran envergadura. Los mecanismos más socorridos para explicar los fenómenos anteriormente señalados incluyen la competencia, el conflicto, la división del trabajo, la estratificación, la inequidad, la polarización, el tamaño, la densidad y las jerarquías.

En términos generales podemos afirmar que el estructuralismo es un método holístico cuyo objeto de estudio es las redes, lazos, interdependencia e interacciones entre las partes de un sistema. Por ello los enfoques estructuralistas siempre se refieren a relaciones entre colectividades, grupos, instituciones, organizaciones y estructuras. Más aún, en esta aproximación, las entidades (o estructuras) son definidas en función de las relaciones que guardan con otras entidades (o estructuras) y no por sus características intrínsecas.

El supuesto más importante del enfoque estructural es que las acciones (e intenciones) de los individuos no tienen un efecto directo sobre los procesos estructurales. Tal y como lo afirma Theda Sckopol en su libro clásico sobre estados y revoluciones, "cual-

⁶ Si bien el método que siguen estos autores hereda algunos elementos de la tradición marxista (especialmente el estudio de la estructura y la dinámica de clases) también difiere en otros aspectos importantes, ya que muchos de ellos postulan la autonomía relativa que tiene el Estado frente a las clases dominantes. De esta manera, en su libro clásico sobre revoluciones, Theda Sckopol señala que los intereses de clase son diferentes a las capacidades que tienen las clases dominantes para controlar el aparato de Estado. De hecho, según Sckopol pueden existir situaciones históricas en las cuales las organizaciones del Estado y los líderes políticos no actúen en función de los intereses de la clase o del modo de producción dominantes.

quier explicación válida sobre las revoluciones depende de que el analista se posicione por encima de los puntos de vista de los participantes y tome una posición impersonal y no subjetiva” (Sckopol, 1979:29). En otras palabras, autores como Sckopol prefieren concentrarse en las relaciones objetivas y los conflictos entre varios grupos y naciones, minimizando los intereses, las ideologías y los puntos de vista de los actores y líderes involucrados en los procesos.

Una de las características metodológicas más interesantes del enfoque estructural es la clasificación de las entidades (o estructuras) en categorías que difieren entre sí. Una vez hecha la clasificación, el método estructural se dedica a investigar la dinámica histórica de cada categoría. Procesos, secuencias y leyes similares se llevan a cabo en estructuras similares. En contraste, procesos, secuencias y leyes disímiles ocurren en estructuras diferentes. Un segundo paso importante en el método estructuralista consiste en descubrir los patrones de cambio y desarrollo de las estructuras. De esta manera, la caída de un sistema político o las revoluciones, por ejemplo, suelen adquirir dinámicas diferentes si se dan en sociedades agrarias burocráticas como China o en regímenes postcoloniales.

Recapitulando, el método estructuralista implica tres pasos diferentes. El primero implica la clasificación de diferentes configuraciones y patrones de interacción. El segundo se aboca a descubrir los principios que relacionan las partes, los temas, la lógica o las leyes que configuran el fenómeno de estudio. Por último, el estructuralismo analiza el cambio, transformación, evolución o estabilidad del objeto de estudio.

Sin duda, una de las grandes aportaciones del método estructural fue la sistematización del método comparativo en dos grandes grupos: sistemas más similares y sistemas con mayor diferencia (véase el cuadro 1). Los sistemas con mayor diferencia suelen ser de gran utilidad para comparaciones entre regiones disímiles (*Asia vs. América Latina*), la comprobación de hipótesis y la generalización o universalización de comparaciones. En cambio, los sistemas más similares suelen ser útiles para elaborar posibles hipótesis o comparaciones dentro de una misma región y para la selección de casos con variables de control (Smith, 1995:16).

En resumen, las teorías estructurales suelen ser teorías macro, bien adaptadas para la realización de comparaciones universales (es decir, dirigidas a establecer que el fenómeno básicamente sigue las mismas reglas en diferentes condiciones), comparaciones con variación de resultados (en las cuales los analistas se enfocan en unas cuantas variables cruciales para explicar resultados particulares) o comparaciones individuales (también conocidas como contrastes de contexto), las cuales suelen subrayar la diversidad intrarregional (Tilly, 1984). Empero, una de las mayores críticas a las teorías estructuralistas es que no hay espacio para la acción y voluntad humanas en este tipo de paradigmas. Como ha sido señalado por Tsebelis, “en el análisis sistémico, el estructuralismo, el funcionalismo y la teoría de la modernización, las explicaciones de los fenómenos políticos y sociales son presentadas en términos holísticos. En otras palabras, la existencia de los individuos y de sus acciones no es negada pero sí considerada secundaria” (Tsebelis, 1990:19). Por ello, el método estructuralista ha sido atacado en su determinismo ya que los seres humanos son vistos como robots sin voluntad

propia, obligados a actuar según lo que dicte la estructura. Asimismo, muchos académicos han criticado el enfoque, ya que una vez que se descubre cuál es la estructura, los resultados se siguen lógicamente.

CUADRO 1

SISTEMAS CON MAYOR DIFERENCIA (SMD)		
<i>Utilización frecuente para:</i>		
Caso1	$Y=a+b+c+X$	Comparación entre regiones.
Caso2	$Y=d+e+f+X$	Comprobación de hipótesis.
Caso3	$Y=g+h+j+X$	Generalizar o universalizar comparaciones.
SISTEMAS MÁS SIMILARES (SMS)		
<i>Utilización frecuente para:</i>		
Caso1	$Y1=a+b+c+X1$	Elaboración de hipótesis.
Caso2	$Y2=a+b+c+X2$	Comparaciones intrarregionales.
Caso3	$Y3=a+b+c+X3$	Selección deliberada de casos con variables de control preseleccionadas.

FUENTE: elaboración del autor siguiendo el esquema propuesto por Peter Smith, 1995, "The changing agenda for social science research on Latin America", en Peter Smith (comp.), *Latin America in Comparative Perspective, New Approaches to Methods and Analysis*, Westview Press Boulder, p. 16.

EL ENFOQUE CULTURAL

Los orígenes del enfoque cultural son más difíciles de establecer que los de las otras dos aproximaciones. Sin embargo, hay cierto consenso entre los académicos en que este enfoque se remonta a la obra de Montesquieu, posteriormente desarrollada y ampliada por Weber (1904). En fechas más recientes, las aproximaciones culturales parecen dividirse en tres grandes campos: por un lado se encuentra la tradición inaugurada por el estudio que hicieron Gabriel Almond y Sidney Verba en 1963 sobre cultura cívica en cinco países (el cual buscó entender qué tipo de actitudes eran más conducentes al autoritarismo o a la permanencia de la democracia). Paralelamente a este trabajo, también se desarrollaron durante los años cincuenta y sesenta investigaciones de antropólogos sociales y culturales que buscaban entender la variedad de formas de vida, significados, símbolos y rituales en las más diversas sociedades del mundo (Lévi-Strauss, 1966). Muchos de los objetos de estudio y metodologías usadas por estas escuelas fueron retomados y sistematizados por autores como Lucian Pye (1962), Clifford Geertz (1973) y James Scott (1976). Por último, el enfoque cultural también se ha visto influido por los trabajos en lingüística y psicología de autores como Ferdinand de

Saussure (1959) y Jacques Lacan (1968) que posteriormente fueron retomados y transformados por la escuela postestructuralista de Michel Foucault (1972), entre muchos otros.

Sin embargo, quizás la distinción más importante entre los académicos que se adhieren al enfoque cultural sea aquella entre los que consideran a la cultura como un factor explicativo de otros procesos sociales (revoluciones, sistemas políticos, etc.) y aquellos que argumentan que la organización simbólica tiene una lógica propia y una integridad, y por ello debe de ser estudiada en sí misma sin referencia a otros procesos o niveles. Esta clasificación es similar a la que usa Lichbach, quien distingue entre dos tipos de aproximación cultural: la subjetiva y la intersubjetiva (Lichbach, 1997:43). La primera de ellas suele analizar cómo los individuos internalizan valores y actitudes que se vuelven objeto de estudio (Almond y Verba, 1963). Mientras tanto, la perspectiva intersubjetiva se aboca al entendimiento de significados e identidades compartidas que constituyen la parte simbólica de la vida social.

A diferencia de otras aproximaciones, el objeto de estudio de las aproximaciones culturalistas es mucho más difuso; además de que existe poco consenso sobre la definición de cultura, el tipo de metodología y las herramientas analíticas que se deben de usar. Si bien no existe una definición única acerca de qué es la cultura, una de las más populares es aquella propuesta por Geertz quien la define como “un patrón históricamente transmitido de significados reflejado en símbolos, un sistema de concepciones heredadas en formas simbólicas por el cual los hombres se comunican, se perpetúan y desarrollan su propio conocimiento y actitudes sobre la vida” (Geertz, 1973:89). Dos puntos importantes deben ser destacados: primero, la cultura es un sistema de significados que la gente usa para estructurar su vida cotidiana; segundo, para este enfoque la cultura es un marco para organizar al mundo, para localizar cuál es la posición personal y la que ocupan otras personas en el universo, para entender el significado de las acciones personales y las de otros individuos, y para motivar a las personas a emprender ciertos cursos de acción o erradicar ciertos comportamientos.

A pesar de que no existe una metodología única, el método más utilizado por los culturalistas intersubjetivistas es el método conocido como la descripción gruesa (*thick description*). La descripción gruesa implica una descripción muy detallada del fenómeno bajo estudio a partir de una serie de pasos. Primero, las aproximaciones interpretativistas suelen fundamentarse en el hecho de que la comprensión del mundo que tienen los grupos bajo estudio no es la misma que la del investigador. Por ello los interpretativistas tratan de entender el mundo desde la perspectiva de los actores estudiados. En otras palabras, se realiza un ejercicio de empatía que abarca los sentimientos, los motivos, las experiencias y las situaciones de las comunidades bajo estudio. Segundo, dado que la situación particular del agente sólo puede ser entendida a partir de las normas, formas y prácticas de su sociedad, es importante entender los significados y valores de la cultura en la que el individuo está inmerso. Tercero, la interpretación debe ser entendida como un círculo hermenéutico en el cual las partes tienen que ser estudiadas en términos del todo, y el todo en términos de las partes. En otras palabras, el significado es un proceso holístico. Finalmente, la comprensión del mundo material no puede

ser equiparada con la comprensión del mundo social. De hecho, tal y como lo afirma Lichbach, “en lugar de buscar las causas externas del comportamiento, los analistas deben buscar el significado interno de la acción” (Lichbach, 1997:251).

El enfoque cultural es probablemente una de las aproximaciones que ha recibido más críticas. El problema más importante sin duda se relaciona con cuestiones metodológicas tales como la vaguedad del concepto de cultura como unidad de análisis y la dificultad de distinguir a la cultura de otros conceptos como organizaciones, comportamiento político, valores e intereses. Otros analistas también han expresado su preocupación por el hecho de que las aproximaciones de tipo cultural suelen sugerir patrones de comportamiento relativamente fijos que no son fáciles de cambiar en el tiempo, lo que dificulta el análisis de los cambios, una característica muy común en los sistemas políticos contemporáneos. Asimismo, los enfoques culturalistas no especifican de manera clara los mecanismos que ligan la cultura política con los mecanismos de la acción política. Por último, algunas explicaciones culturalistas no dejan de ser teleológicas.

Sin embargo, los enfoques culturales pueden constituir una aproximación interesante para entender cómo se forman las preferencias de los individuos y por qué, en situaciones sociales donde existen varios equilibrios posibles, se escogió precisamente un punto focal y no otro alternativo.

LA AGENDA DE INVESTIGACIÓN EN LOS OCHENTA Y LOS NOVENTA

En 1993, Ronald Rogowski publicó un artículo en el cual buscaba descifrar las principales agendas de investigación en ciencia política durante los ochenta. De acuerdo con Rogowski, la disciplina se vio marcada por cinco grandes tendencias que de alguna manera se interrelacionan entre sí.

La primera de ellas consiste en haber puesto mayor atención en aspectos económicos que afectan la esfera de lo político, así como analizar con más detenimiento cómo políticas económicas pueden influir en el crecimiento o en el estancamiento económico (Bates, 1981; Olson, 1982; North, 1981; Katzenstein, 1985). Una segunda tendencia fue el incremento del interés por entender el contexto mundial bajo el cual se desarrollan la política y las instituciones nacionales, no sólo en aspectos como el comercio exterior (Milner, 1988), sino también en cuestiones como revoluciones sociales (Skopol, 1979), “clivajes” y coaliciones políticas (Gourevitch, 1986; Frieden, 1991), o formas de gobierno (Katzenstein, 1985).⁷ La tercera tendencia bastante marcada durante los ochenta fue el resurgimiento de los trabajos sobre grupos de intereses y sus diferentes formas organizativas (Katzenstein, 1985; Olson, 1982). Un cuarto tema que también experimentó un gran auge durante los ochenta fue el estudio de las diferen-

⁷ La palabra *cleavage* en inglés se refiere a cualquier división importante (sea ésta lingüística, étnica, religiosa, socioeconómica, racial, etc.) que se presenta en una determinada sociedad y que influye de manera decisiva en el comportamiento social y/o político de la comunidad.

tes estructuras del Estado y su desempeño (Powell, 1982; Lijphart, 1982). Por último, los ochenta también se caracterizaron por un incremento de trabajos sobre nacionalismo, "clivajes" e identidad étnica (Horowitz, 1985; Laitin, 1986). Más allá de la temática en la que se vio inmerso el análisis comparativo en los ochenta, quizás una de las características importantes durante esta época fue la de enmarcar el debate en términos de estructura *vs.* proceso, Estado *vs.* sociedad, racionalidad *vs.* cultura y estudio de área *vs.* modelos formales.

La agenda de investigación en los noventa, por un lado continúa desarrollando muchos de los temas anteriormente mencionados. Sin embargo, la caída de la Unión Soviética, el retorno a la democracia en muchos países latinoamericanos, el cambio de régimen que experimentaron varios países en el Sudeste asiático, el resurgimiento de guerras y conflictos étnicos en varios países de Europa, África e incluso algunos países de Latinoamérica, la proliferación de actividades sociales y políticas fuera de los canales tradicionales del Estado, el incremento de las comunicaciones y el intercambio entre países, además de la multiplicación de acuerdos de libre comercio e integración económica, sin duda han venido a constituirse como eventos importantes que marcan nuevos cursos de investigación en ciencia política. Quizás como argumenta Barbara Geddes (1991), a pesar de que muchos politólogos desearían que las nuevas contribuciones en la disciplina surgieran a partir de debates propiciados por los intelectuales, más que de eventos políticos, la agenda de los noventa se ha visto determinada por las cambiantes realidades mundiales. Más aún, los cambios mundiales también han propiciado que los politólogos vuelvan a examinar con mucho más detenimiento preguntas clásicas en ciencia política tales como: ¿por qué surgen, se mantienen y perduran los estados-nación? ¿Estamos ante el fin del Estado-nación y el nacionalismo? ¿Por qué en algunos estados han surgido regímenes democráticos y en otros autoritarios y totalitarios? ¿Qué factores propician el desarrollo y consolidación de cada tipo de régimen? ¿Cuáles son las principales formas de organización social y política en los estados contemporáneos? ¿Por qué algunos grupos se organizan a partir de divisiones ocupacionales (clases sociales) mientras otros lo hacen a partir de divisiones territoriales (comunidades, vecindarios) o étnicas? ¿Cómo deben de diseñarse las instituciones políticas para responder a las nuevas exigencias de la población y al cambiante entorno mundial?

Realizar un recuento completo de cómo la bibliografía en los noventa ha tratado de responder a cada una de las preguntas anteriormente mencionadas requeriría una investigación muy minuciosa y amplia que está fuera de las posibilidades de este documento. De hecho, el breve recuento que a continuación se presenta pretende ser ilustrativo más que exhaustivo.

A grandes rasgos, se puede afirmar que durante los años noventa la ciencia política norteamericana registró un auge importante con respecto a los siguientes temas: 1) el debate científico-metodológico; 2) movimientos sociales, etnicidad y nacionalismo; 3) democratización, transición a la democracia y consolidación de la misma; 4) instituciones, diseño y desarrollo institucional y sistemas electorales; 5) economía política, y 6) cultura y desarrollo democráticos.

Con respecto al primer punto, sin lugar a dudas en los noventa existe un renovado impulso por seguir una metodología más apegada al método científico para el análisis de los fenómenos políticos y sociales, tal y como lo demuestra la obra de King, Keohane y Verba (1994) que ha venido a constituirse en poco tiempo en uno de los manuales clásicos de metodología para la ciencia política. Pero quizás la aportación más provocativa en la obra King, Keohane y Verba consista en afirmar que se debe trascender la división entre estudios de tipo cualitativo *vs.* estudios de tipo cuantitativo. En otras palabras, estos autores sugieren que una buena investigación puede ser de tipo cuantitativo o cualitativo; pero se requiere que cualquiera de los dos enfoques siga con rigor los procedimientos del método científico, más allá de la temática que se desee estudiar (King, Keohane y Verba, 1994:7). De hecho, en los noventa más que en décadas anteriores se vislumbra que muchos diseños de investigación buscan tender puentes entre diferentes enfoques teóricos y esto también se traduce en una aproximación más ecléctica en la metodología que muchas veces combina aspectos cualitativos con cuantitativos y comparaciones de tipo universal con estudios de caso. En resumen, se podría afirmar que el análisis político en los noventa busca capturar tanto el aspecto “macro” de los fenómenos bajo estudio (estructuras, sistemas, etc.) como los mecanismos micro (motivaciones y mecanismos que utilizan los actores a nivel individual para enfrentar y resolver los problemas políticos y sociales).

Una segunda agenda que venía formándose en los ochenta pero que ha experimentado una gran expansión en los noventa es la agenda sobre estudios de conflicto, la que a su vez se divide en dos grandes subtemas: 1) movimientos sociales y 2) etnicidad y nacionalismo. La bibliografía sobre movimientos sociales, a su vez, presenta tres grandes vertientes teóricas que a grandes rasgos pueden clasificarse como: estructuras de oportunidad para la movilización, recursos para la movilización y marcos de referencia para la construcción de la movilización social.⁸ Por lo que respecta a las estructuras de oportunidad, este enfoque tiene sus mejores exponentes en autores como Tarrow (1994) y Kitschelt (1986), académicos que buscan entender cuáles son las ventanas de oportunidad que ofrecen el Estado, el sistema político, la estructura de partidos e incluso las élites políticas “tradicionales” para la formación de movimientos sociales. Por su parte, el enfoque que se concentra en los recursos y estructuras de movilización tiene sus orígenes en la bibliografía sobre la acción colectiva y sobre organizaciones; y su principal objetivo es entender cómo se resuelven los dilemas de organización ubicuos en todo grupo o sociedad, además de analizar cómo diferentes formas de organización llevan a diferentes estructuras de movilización. Por último, los estudios sobre los marcos de referencia para la movilización social se abocan al análisis de cómo se forman las identidades y cuáles son los agravios que perciben y experimentan ciertos grupos sociales, los cuales muchas veces se convierten en una precondition (o en un detonador) para la movilización de grupos.

Siguiendo a Sidney Tarrow (1996), se puede afirmar que la bibliografía sobre movimientos sociales en los noventa se ha caracterizado por buscar una mayor sistematiza-

⁸ Sobre este punto, agradezco las explicaciones de Guillermo Trejo.

ción de los fenómenos sociales a través de la construcción de bases de datos (generadas a partir de fuentes secundarias). Esto ha permitido entender con mayor precisión cuáles son los ciclos de movilización y cómo se relacionan con los contextos económicos y políticos que vive cada país.⁹ En segundo lugar, a pesar de que durante años la bibliografía sobre movimientos sociales estuvo dominada por explicaciones psicológicas o socio-psicológicas, en los noventa las nuevas investigaciones sobre este fenómeno parecen estar acercando a sociólogos (muchos formados en la tradición de la escuela de organizaciones) y politólogos (muchos de los cuales emplean instrumentos derivados de la economía). Finalmente, la nueva bibliografía sobre movimientos sociales parece abandonar el tradicional estudio de caso para sustituirlo por un método histórico-comparativo que permite un mayor poder de generalización.

Por lo que respecta a identidades étnicas, esta bibliografía ha cobrado un auge importante a raíz de la multiplicación de conflictos en diversas partes del mundo. La bibliografía sobre identidades étnicas se divide en tres grandes enfoques: el enfoque primordialista, el instrumental y el enfoque constructivista.¹⁰ Con respecto al enfoque primordialista, éste plantea que las identidades son genéticamente o históricamente heredadas de lazos sociales y culturales. Para esta escuela, las identidades étnicas —como cualquier otro tipo de identidad— están “dadas”, son fijas, estáticas socialmente y son un factor psicológico en sí mismo. El enfoque instrumental surge parcialmente como una reacción a la escuela primordialista y considera la etnicidad como cualquier otro factor político o económico que puede ser utilizado por empresarios políticos para la realización de fines ulteriores (Bates, 1981; Laitin, 1986). En otras palabras, para los instrumentalistas, las identidades étnicas no se derivan de lazos ancestrales históricos y el proceso de formación de identidades es en sí mismo endógeno a la movilización. Por ello, empresarios políticos en aras de maximizar su poder político y/o económico buscan la movilización apelando a rasgos étnicos y/o culturales para satisfacer sus ambiciones. Por último, el tema de la etnicidad también es abordado por la escuela constructivista, la cual propone que la identidad es una fabricación o artificio social. Para los constructivistas, las identidades étnicas no deben ser consideradas como inmutables o maleables a voluntad, sino el resultado de complejas interacciones históricas, sociales y comunitarias (Anderson, 1991). Otra variante en la escuela constructivista propone que la identidad debe de ser entendida como un juego de coordinación entre dos personas. De esta manera, la identidad étnica se convierte en un punto focal alrededor del cual los individuos coordinan sus acciones y creencias. Tal y como lo señala Trejo, “el surgimiento de identidades étnicas (en vez de identidades de clase) como un punto focal conducente a la acción colectiva puede ser el resultado intencional o no-intencional de la interacción social”.¹¹

⁹ Para mayor información a este respecto, véase Sidney Tarrow, 1996, “Social movements in contentious politics: a review article”, *American Political Science Review*, vol. 90, núm. 4, diciembre, pp. 874-882.

¹⁰ Esta sección sigue las explicaciones del trabajo realizado por Guillermo Trejo. Para mayor información a este respecto, véase Guillermo Trejo, *Mobilizing Ethnicity: A Theoretical Review*, CIDE, en prensa.

¹¹ Guillermo Trejo, *op. cit.*, p. 12.

Otra de las grandes tendencias que caracterizan a los noventa es el resurgimiento de estudios sobre democratización, transición a la democracia y consolidación. Con respecto al primer tema, la gran proliferación de estudios sobre democratización viene aparejada con el regreso de la democracia en muchos países latinoamericanos, pero también con el cambio que se ha dado en muchos países de Europa del Este tras el colapso de la Unión Soviética y las recientes tendencias de democratización que también se han comenzado a experimentar en varios países del Sudeste asiático. El compendio realizado por Diamond, Linz y Lipset a principios de los noventa comparando experiencias democráticas en países seleccionados de África, Asia, América Latina y Medio Oriente sin duda constituye uno de los proyectos más ambiciosos en este rubro (Diamond, Linz y Lipset, 1990). Asimismo, la caída del sistema comunista ha despertado un renovado interés por conocer cómo los países de Europa del Este —que vivieron durante varias décadas en sistemas totalitarios— se adaptan a las nuevas realidades de competencia política que exige la democracia. En este sentido, los estudios realizados por Barbara Geddes (1996), Adam Przeworski (1991) y Elster, Offe y Preuss (1998) se abocan a analizar si los países de Europa del Este serán capaces de construir instituciones democráticas que los conduzcan a un periodo de crecimiento económico sostenido o si el restablecimiento del capitalismo en esta región se traducirá en problemas de inestabilidad política y social parecidos a los que prevalecieron en muchos países de América Latina durante los ochenta.

Una tercera tendencia muy marcada en la bibliografía reciente sobre democratización consiste en revivir viejas relaciones causales propuestas por teorías estructurales tales como la teoría de la modernización, que fueron descartadas —quizás de manera rápida y superficial— por la academia norteamericana en los años setenta. Tal y como lo señala Peter Smith:

La teoría de la modernización muestra signos de volver a la vida. Uno de sus preceptos centrales —la relación sistemática entre desarrollo económico y democracia política— parece volver a ganar adeptos a partir de los procesos de liberalización y democratización que se han dado en muchas partes del mundo.¹²

Sin embargo, es importante señalar que este tipo de teorías estructurales ha sido replanteado como nunca antes en términos sumamente cautelosos descartando explicaciones simplistas y mecanicistas del pasado. Tal y como lo muestran los trabajos recientes de Seligson (1980) y Arat (1988), el desarrollo económico puede ser una condición necesaria pero no suficiente para el surgimiento de la democracia.

En los noventa el tema de la democratización también ha visto un importante resurgimiento del método histórico-comparado. Quizás el mejor ejemplo en este rubro sea la obra de Rueschemeyer, Stephens y Stephens (1992). Después de analizar minuciosamente las conexiones existentes entre desarrollo político y económico tanto en su

¹² Para mayor información acerca de tema, véase Peter Smith, 1995, "Changing the Agenda for social science in Latin America", en Peter Smith (comp.), *Latin America in Comparative Perspective, New Approaches to Methods and Analysis*, Westview Press, Boulder, p. 10.

aspecto longitudinal (estudios a través del tiempo) como transversal (comparación entre casos en un mismo periodo) los autores proponen una nueva teoría en la cual la clase obrera (y no la clase media) es instrumental en el establecimiento de la democracia.¹³ A pesar de las críticas agudas que se han realizado a este trabajo, la obra de Rueschemeyer, Stephens y Stephens constituye uno de los estudios más completos realizados en los noventa y ha venido a darle un nuevo impulso a los viejos y desprestigiados debates propuestos por la teorías de la modernización y el desarrollo político de los sesenta y setenta. Pero sobre todo, este estudio ha vuelto a poner en primer plano el uso del método histórico-comparado.

La bibliografía sobre consolidación democrática también ha conocido una gran expansión en los noventa y constituye un interesante complemento a la obra que sobre transiciones políticas iniciaran Guillermo O'Donnell y Phillipe Schmitter en los ochenta. De acuerdo con Mainwaring, O'Donnell y Valenzuela (1992) la primera transición se inicia con una crisis del sistema autoritario que lleva a una apertura política del régimen y a un mayor respeto a los derechos civiles y culmina con la elección de un gobierno democrático en elecciones abiertas y competitivas. Mientras tanto, la segunda transición (también conocida como consolidación) comienza con la instauración de un gobierno democrático y termina una vez que existe un régimen democrático consolidado.¹⁴ La bibliografía sobre consolidación se aboca a estudiar la existencia o prevalencia de poderes tutelares antidemocráticos (que muchas veces siguen presentes bajo la forma de privilegios y prebendas desmedidas para las fuerzas policíacas y militares) y también busca detectar la presencia de áreas de autoridad restringida (en términos de gobierno o de política pública) a las cuales el nuevo gobierno democrático no tiene acceso. Asimismo analiza las discriminaciones que existen en las leyes y procesos electorales (la manipulación de los procesos electorales y/o el establecimiento de reglas electorales que favorecen a ciertos partidos, sectores o grupos; o prohibiciones expresas que impiden que ciertos candidatos participen en los procesos electorales) y la posibilidad que tienen algunos actores políticos de derribar al nuevo régimen democrático en caso de que no sean cumplidas sus exigencias políticas o económicas.

Por último, pero quizás no menos importante, la bibliografía sobre democratización y transición a la democracia es quizás la que refleja una mayor pluralidad en los enfoques metodológicos. De esta manera, el enfoque de la elección racional también ha hecho contribuciones importantes en el rubro de la democratización al proponer un análisis dinámico de cómo se llevan al cabo los procesos de liberalización y transición,

¹³ Uno de los aspectos más destacados en el análisis de estos autores es que la democracia no debe ser considerada exclusivamente en su aspecto formal (es decir, político-institucional) sino también sustantivo (socioeconómico). Para mayor información a este respecto, véase Dietrich Rueschemeyer, Evelyn Huber Stephens y John D. Stephens, 1992, *Capitalist Development and Democracy*, University of Chicago Press, Chicago.

¹⁴ Una de las críticas más fuertes a esta bibliografía consiste en que no siempre es posible establecer criterios "objetivos" y claros que diferencien el periodo de transición del de consolidación. En otras palabras, ¿cuándo acaba el periodo de transición y cuándo empieza el de consolidación? Además, este enfoque tampoco especifica con claridad si el periodo de consolidación puede llegar a un feliz término o si perdurará al infinito.

los que a su vez pueden conducir a un recrudecimiento del autoritarismo o a la instauración de un régimen democrático. En otras palabras, la utilización de modelos formales ha permitido analizar de manera más precisa la interacción estratégica bajo la cual los diversos grupos que conforman la sociedad civil y el bloque autoritario negocian una “salida” al interludio autoritario, además de estudiar con precisión las condiciones que fomentan el sostenimiento del nuevo régimen democrático.¹⁵

Los noventa también se distinguen por una gran proliferación de estudios sobre sistemas electorales y diseños institucionales. Un buen ejemplo de qué tan centrales se han vuelto los trabajos de ciencia política sobre estos dos temas lo constituye el hecho de que la editorial Cambridge University Press creó una serie intitulada la Economía Política de las Instituciones y Decisiones. En esta serie, la editorial reagrupa trabajos de los más diversos temas, autores y metodologías, aunque casi todos ellos buscan respuestas a dos grandes preguntas: ¿Cómo se desenvuelven las instituciones con respecto de los incentivos y elecciones tanto individuales como estratégicos? ¿Cómo afectan las instituciones el desempeño económico y político de los gobiernos? Más aún, Elinor Ostrom señala que los premios Nobel en economía otorgados a académicos como Hebert Simon, Ronald H. Coase, James Buchanan, Douglass North, Robert F. Fogel, John Harsanyi, John F. Nash y Richard Selten han contribuido de manera directa a un refinamiento teórico sobre la manera de estudiar las instituciones.¹⁶ A grandes rasgos se puede afirmar que la bibliografía sobre instituciones en los noventa se preocupa por entender si las instituciones (conceptualizadas como el conjunto de reglas formales e informales que operan en una sociedad) hacen una diferencia en el ámbito político y/o económico.

Sin embargo, existen diferencias metodológicas importantes en la manera de abordar estos temas sobre todo entre el denominado institucionalismo “histórico”, el institucionalismo que se sustenta en supuestos de elección racional y el institucionalismo que conceptualiza a las instituciones como sistemas de gobierno nacional. Lo que distingue el enfoque del institucionalismo histórico del institucionalismo de la elección racional es que para la escuela histórica las preferencias de los actores son consideradas como endógenas, mientras que para la escuela de la elección racional son exógenas.¹⁷ A manera de ilustración se puede decir que los trabajos más representativos de la escuela histórica han quedado plasmados en el libro editado por Steinmo,

¹⁵ A este respecto, Adam Przeworski afirma que la democracia será *self-enforcing* (es decir, contendrá en sí misma mecanismos de autorregulación) cuando todas las fuerzas políticas relevantes tengan una mínima (aunque no especificada) probabilidad de florecer en el nuevo orden institucional.

¹⁶ Un hecho interesante sobre los premios Nobel en economía es que muchas de estas distinciones han sido otorgadas por sus contribuciones al estudio de las instituciones, pero muchas de las implicaciones de estos trabajos son de tipo político y no exclusivamente económico. Para mayor información a este respecto, véase Elinor Ostrom, 1995, “New horizons in institutional analysis”, *American Political Science Review*, vol. 89, núm. 1, marzo, pp. 174-178.

¹⁷ En otras palabras, para la escuela del institucionalismo histórico las preferencias de los actores se derivan de la estructura y del contexto en el que están inmersos. Es decir, para el institucionalismo histórico las preferencias de los actores no deben ser tomadas como “dadas”, sino que deben ser explicadas. Mientras tanto, el institucionalismo de la elección racional asume que las preferencias de los actores son fijas y no están determinadas por el contexto cultural.

Thelen y Longstreh (1992). En este volumen, diversos autores tratan de explicar por qué los actores escogen cierto tipo de metas y estrategias sobre otras y analizan estas acciones en una variedad de contextos tales como mercado laboral, políticas de salud, política monetaria, estrategias que emplean los sindicatos en países desarrollados, políticas de empleo y política social. A grandes rasgos podríamos decir que el institucionalismo histórico retoma la propuesta que realizara Graham Allison (1971) hace más de treinta años y suele dividir su análisis en tres grandes segmentos: actor unitario, actores burocráticos y normas y procedimientos que siguen las agencias burocráticas. De esta manera, Peter Hall (1992) uno de los mejores exponentes de esta escuela, analiza los cambios dramáticos que llevaron a la Gran Bretaña de un sistema keynesiano a uno monetarista en los setenta. En un primer segmento de su trabajo, Hall identifica el marco institucional de la Gran Bretaña, caracterizado por una economía de mercado basada en un régimen constitucional y democrático que impone restricciones y direcciones sobre el tipo de política que se puede llevar a cabo. En un segundo nivel, Hall analiza las características organizativas que tienen los actores económicos y políticos, lo cual lo lleva a estudiar con detenimiento la organización de los sindicatos, la estructura de las empresas y otros organismos privados, como los bancos, y la importancia que tienen los factores internacionales sobre la economía. En un tercer segmento, Hall identifica los procedimientos de operación que siguen las agencias tanto públicas como privadas. En resumen, Hall identifica los constreñimientos que enfrentan los actores en una variedad de niveles.

Sin duda, la vertiente que ha conocido mayor expansión en los últimos años es la del nuevo institucionalismo, basado en supuestos de elección racional. Sin embargo, tal y como lo señalan Green y Shapiro (1994), no existe una teoría o una temática común sobre la elección racional, sino una serie de pasos y procedimientos que en esencia buscan identificar a los actores relevantes, sus metas u objetivos, las instituciones que limitan las opciones y las estrategias que tienen a su disposición los actores.¹⁸ La temática institucionalista abordada por la escuela de la elección racional es sumamente amplia. Autores como Douglass North (1992) se preocupan por estudiar por qué las instituciones propician o inhiben el crecimiento económico. Otros autores como Barbara Geddes (1994) se abocan a entender el desarrollo de las capacidades burocráticas que tienen diferentes dependencias en Brasil, a partir del estudio de los incentivos e intereses que tienen los políticos en ese país. Jack Knight (1992) analiza cómo se crean mecanismos de negociación entre actores, los que a su vez pueden convertirse en el factor crucial para el cambio institucional. Por último, autores como George Tsebelis (1990) estudian situaciones en las cuales los actores políticos (en particular los legisladores parlamentarios europeos) escogen alternativas de acción que parecerían a primera vista contraponerse a sus intereses, o que quizás no resulten la elección más adecuada si se toma el contexto estratégico en el que los protagonistas se desenvuelven.

¹⁸ En este sentido, muchos autores sostienen que la elección racional no es propiamente un método, sino una caja de herramientas (o como lo denominan en inglés, un *Tool box*) que puede ser aplicada a una variedad de situaciones. Por ello la formalización del enfoque de la elección racional necesita forzosamente estar conectada con teorías que establezcan los vínculos de causalidad.

Un subtema dentro de la bibliografía de las instituciones que ha cobrado un gran auge durante los noventa es el que analiza viejas cuestiones institucionales planteadas varias décadas atrás (por no decir siglos) tales como las ventajas y desventajas que tienen los sistemas parlamentarios sobre los presidenciales (Shugart y Carey, 1992; Linz y Valenzuela, 1994) o si los sistemas parlamentarios de tipo Westminster son más democráticos que los sistemas parlamentarios de consenso (Lijphart, 1982, 1999). Esta bibliografía también ha buscado profundizar en cuestiones como el papel que juega la suprema corte de justicia en algunas democracias o cuáles son las ventajas y desventajas que tienen los países al adoptar un sistema federal *vs.* sistema unitario (Stepan, 1999).

Dentro de la bibliografía sobre instituciones, otro subtema que ha acaparado la atención de los académicos en los noventa es el de los sistemas electorales. Los trabajos realizados por autores como Taagepera y Shugart (1989), Lijphart (1994), Blais y Masicotte (1996), Cox (1997) y Nohlen (1998) muestran el increíble grado de sofisticación técnica y metodológica que se ha logrado en esta área de estudio. Si bien el refinamiento técnico ha crecido en esta área, las preguntas de investigación siguen siendo relativamente tradicionales y se enfocan en aspectos tales como: ¿cuál es el sistema electoral que traduce de manera más fiel los votos en escaños? ¿Qué reglas electorales deben de ser utilizadas para reflejar de manera fidedigna las preferencias de los electores? ¿Qué reglas fomentan una mayor estabilidad en el gobierno? ¿Cuáles son las ventajas y desventajas que se tienen al adoptar un sistema de mayoría relativa *vs.* uno de representación proporcional? ¿En qué medidas los “clivajes” —o las reglas electorales— crean y moldean al sistema de partidos? ¿Cuáles son los *trade-offs* entre el voto personal y la eficiencia gubernamental? Todas estas preguntas han venido a abrir una amplia agenda de investigación, ya que ningún sistema electoral en el mundo es igual a otro, además de que las reglas electorales inciden en gran medida en la conducta de los políticos y del electorado.

Los estudios sobre cultura y participación cívica también han resurgido en los noventa. Después del famoso trabajo de Almond y Verba en los sesenta —sobre los valores y actitudes conducentes a la democracia— los estudios científicos sobre cultura política de alguna manera cayeron en desuso. Las causas de este abandono son múltiples y tienen relación con problemas metodológicos derivados de este estudio, pero también se debieron a la falta de poder explicativo y predictivo de esta teoría. Siguiendo a David Laitin, se puede afirmar que “el programa de investigación iniciado por Almond y Verba no pudo predecir la consolidación democrática de largo plazo en la República Federal Alemana o la reciente ola de democratización que se dio en muchos países durante los setenta y ochenta” (Laitin, 1995:168). Peor aún, los académicos que sustentaban sus explicaciones en factores culturales no podían dar una respuesta coherente a la democratización (o al colapso democrático) a partir de la cultura política como variable explicativa.¹⁹ Sin duda, el trabajo que vino a revivir los estudios sobre cultura política fue el que realizara Robert Putnam (1993) en colaboración con Raffaella

¹⁹ Para mayor información a este respecto, véase David D. Laitin, 1995, “The civic culture at 30”, *American Political Science Review*, vol. 89, núm. 1, marzo, pp. 168-174.

Nanetti y Robert Leonardi intitulado *Making Democracy Work*. En este trabajo, Putnam se aboca al estudio de cambios institucionales que se llevaron a cabo de manera simultánea, bajo las mismas condiciones y con las mismas reglas, en 20 gobiernos regionales de Italia. El trabajo de Putnam buscó en esencia responder a tres preguntas tradicionales de la ciencia política, pero que siguen teniendo validez en nuestra época: 1) ¿bajo qué condiciones las instituciones públicas sirven al interés público?; 2) ¿pueden las instituciones alterar el accionar político de los individuos?; y 3) ¿acaso un cambio institucional bien diseñado puede traducirse en un mejor desempeño de los gobiernos?

Siguiendo estas líneas de investigación, Putnam concluye que efectivamente el cambio institucional tuvo efectos importantes en el comportamiento de los individuos y que las reformas también propiciaron un mejor desempeño de los gobiernos regionales en términos de servir mejor a los intereses públicos. Sin embargo, el estudio de Putnam también reflejó que había diferencias en el desempeño de los gobiernos regionales del sur y del norte de Italia y también diferencias marcadas dentro de una misma región que no podían ser atribuidas exclusivamente a disparidades en los niveles de desarrollo entre regiones. De acuerdo con Putnam, una de las variables críticas para explicar estas diferencias es la presencia de lo que el autor denomina “comunidades cívicas”, es decir, una extensa red de asociaciones horizontales. Para descubrir los orígenes de esta comunidades cívicas Putnam explora la historia medieval de Italia y descubre que en el sur del país la solución monárquica a la anarquía feudal instaura patrones de autoridad verticales y jerárquicos, mientras que la solución republicana del norte se tradujo en la creación de redes cívicas horizontales. En otras palabras, el estudio de Putnam sugiere que las tradiciones democráticas no pueden ser construidas exclusivamente a través de cambios institucionales, sino que requieren ser cimentadas en tradiciones de respeto y virtud cívica entre los ciudadanos.

Pese a las importantes críticas que recibió este trabajo, lo más sobresaliente del estudio de Putnam fue el gran rigor en el diseño de investigación y la mezcla de métodos estadísticos, semiformales e históricos que lo llevaron a buscar la evidencia de sus argumentos desde distintos puntos de vista. Sus descubrimientos sobre cultura abrieron un agenda importante que ha sido retomada por autores como Ferejohn (1991) y Laitin (1998). Además, el estudio de Putnam abrió la puerta para que autores como Bates, Figueiredo Jr. y Weingast (1998) adopten nuevas agendas de investigaciones en las cuales se busca la complementariedad entre explicaciones culturalistas y explicaciones basadas en supuestos de elección racional.

Finalmente, los noventa también han visto la rápida expansión de temas relacionados con la economía política. Siguiendo a Ordershook (1990) se puede afirmar que existen dos razones principales para el resurgimiento de la economía política en los noventa. La primera es que los procesos económicos y políticos no pueden ser fácilmente separados. Los mercados tienden a ser regulados (aunque sea mínimamente) por las instituciones coercitivas del Estado. En segundo lugar, la caída de la Unión Soviética también parece demostrar que las leyes de mercado que norman la oferta de productos, bienes y servicios no pueden ser abrogadas por decreto, ya que operan (aunque sea de manera incipiente) sin importar la cultura, la identidad étnica, la ideología

y las formas de organización del sistema político. Tal y como lo afirma Ordershook, la separación artificial entre la economía y la política obedece más bien a razones burocráticas que han implantado los departamentos de economía y ciencia política en las universidades, y no a realidades que imperen en el ámbito mundial.

Los trabajos en economía política en los noventa se abocan a analizar temas muy diversos, tales como la relación entre grupos de interés y desempeño económico; las conexiones existentes entre partidos políticos, elecciones y política económica; las diversas formas institucionales que adoptan los estados y su relación con el desarrollo económico y el impacto que tiene la economía internacional sobre el desempeño político y económico de una nación.

Sin embargo, al igual que en otras áreas de la ciencia política, la economía política puede dividirse en tres grandes grupos. Por un lado se encuentran los estudios realizados por autores como Haggard y Kaufman (1995), Waterbury (1992) y Williamson (1994). La mayoría de estos trabajos adoptan un enfoque estructural y se concentran en el análisis de cuestiones como los ajustes en la política macroeconómica que se llevaron a cabo durante los ochenta en la mayoría de los países subdesarrollados como respuesta a la crisis financiera. Muchos de estos trabajos también buscan respuestas a preguntas como por qué los países del Sudeste asiático (que registraban un nivel similar de desarrollo a los de América Latina hasta principios de los setenta) siguieron con un fuerte crecimiento económico en los ochenta y buena parte de los noventa, mientras que los latinoamericanos se estancaron. Asimismo, algunos estudios analizan por qué algunos de los países subdesarrollados decidieron emprender de manera inmediata programas de reestructuración económica como respuesta a la crisis financiera de los ochenta, mientras que otros postergaron los ajustes hasta donde les fue posible. Por último, un tema que acaparó la atención de los académicos en los noventa fue que en algunos países las reformas políticas precedieron a las económicas (o viceversa) y en otros casos las dos reformas se llevaron a cabo de manera simultánea.

Un segundo enfoque que ha conocido una gran expansión en los noventa es la economía política internacional. En este rubro, autores como Alt, Frieden, Gilligan, Rodrik y Rogowski (1996) parten de teorías económicas sobre la movilidad o especificidad de factores de la producción (modelos Heckscher-Ohlin y Ricardo-Viner) y tratan de analizar cuáles son las coaliciones que se formarán a partir estos factores y cómo afectarán la política comercial. Asimismo, autores como Frieden y Lake (1995) analizan la lógica política que ha llevado a un incremento sin precedentes en los niveles de producción de las empresas transnacionales. También estudian la enorme movilidad que experimentan los flujos financieros en el nivel internacional y sugieren hipótesis sobre por qué se ha incrementado el comercio mundial.

La tercera vertiente en economía política la encabezan autores como Ordershook (1990), Alt y Shepsle (1990), McCubbins (1991) y Alesina y Carliner (1991) los cuales básicamente retoman muchos de los trabajos realizados en elección pública y teoría espacial, con supuestos de elección racional. Estos autores analizan si la competencia partidista en el Congreso de Estados Unidos se ha traducido en un incremento en los déficit presupuestales o si la política monetaria de Estados Unidos durante los ochenta-

ta respondió a un balance de poder entre tres agentes: Congreso, presidencia y banco central. También realizaron investigaciones importantes en materia de desregulación que demuestran que estos procesos no respondieron a la ideología neoliberal del presidente Reagan, sino a la prevalencia de poderosos grupos de interés que presionaron para que se desregulara la economía desde la época del presidente Carter.

CONCLUSIÓN

El avance de las ciencias sociales, más que privilegiar un enfoque sobre otro, requiere conocer los supuestos, las metodologías y las limitantes de las diferentes aproximaciones. Los debates sobre estructura *vs.* acción, nominalismo *vs.* realismo, materialismo *vs.* idealismo, racionalidad *vs.* cultura y sujeto *vs.* objeto continuarán presentes en las próximas décadas. Pero quizás un aspecto importante para la agenda de investigación de las ciencias sociales en México consistirá en tender puentes de tolerancia y comunicación entre los diferentes enfoques para enriquecer el debate metodológico. Tal y como se mencionó en párrafos anteriores, la tendencia en los noventa parece estar marcada por diseños de investigación que buscan combinar aspectos cualitativos con cuantitativos, comparaciones de tipo universal y estudios de caso y análisis que buscan capturar tanto los aspectos macro (estructuras, sistemas, etc.) como mecanismos micro (motivaciones y mecanismos que utilizan los actores a nivel individual para enfrentar/resolver problemas políticos y sociales). Esto, sin duda, pondrá mayor presión sobre la formación de científicos sociales, los cuales deberán conocer más a fondo las ventajas y limitantes que tienen los diferentes enfoques, además de incrementar habilidades cuantitativas y formales sin descuidar el conocimiento de aspectos sustantivos en diferentes regiones y países para mejorar sus comparaciones. Sin embargo, en los noventa más que en décadas anteriores se abre la oportunidad de sentar en la misma mesa a académicos de diferentes disciplinas y formados en diferentes escuelas teóricas, pero dispuestos a entender de manera más precisa los fenómenos políticos y sociales ubicuos en la cambiante realidad mundial.

BIBLIOGRAFÍA

- Albertoni, E. A., 1978, *Gaetano Mosca: Storia di una dottrina politica. Formazione e interpretazione*, Giufré, Milán.
- Alesina, Alberto y Geoffrey Carliner (comps.), 1991, *Politics and Economics in the Eighties*, The University of Chicago Press, Chicago.
- Allison, Graham T., 1971, *Essence of Decision: Explaining the Cuban Missile Crisis*, Harper Collins, Nueva York.
- Almond, Gabriely Sidney Verba, 1963, *The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations*, Princeton University Press, Princeton.

- Almond, Gabriel y G. B Powell, 1966, *Comparative Politics: a Developmental Approach*, Little Brown, Nueva York.
- Alt, E. James y Kenneth A. Shepsle (comps.), 1990, *Perspectives on Positive Political Economy*, Cambridge University Press, Nueva York.
- Alt, E. James, Jeffrey Frieden, Michael Gilligan, Dani Rodrik y Ronald Rogowski, 1996, "The political economy of international trade, enduring puzzles and an agenda for inquiry", *Comparative Political Studies*, vol. 29, núm. 6, diciembre.
- Anderson, Benedict, 1991, *Imagined Communities: Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*, Verso, Londres.
- Anderson, Perry, 1974, *Lineages of the Absolutist State*, New Left Books, Londres.
- Arat, Zehra F., 1988, "Democracy and economic development: modernization theory revisited", *Comparative Politics*, octubre.
- Arrow, Kenneth, 1951, *Social Choice and Individual Values*, Yale University Press, New Haven.
- Bates, H. Robert, 1981, "Modernization, ethnic competition, and the rationality of politics in contemporary Africa", en Donald Rothchild y Victor Olorunsola, *State Versus Ethnic Claims: African Policy Dilemmas*, Westview Press, Boulder.
- Bates, H. Robert, Rui de Figueiredo Jr. y Barry R. Weingast, 1998, "The politics of interpretation: rationality, culture and transition", *Politics and Society*, vol. 26, núm. 4, diciembre.
- Bendix, Reinhart, 1978, *King or people*, University of California Press, Berkeley.
- Bendor, Jonathan y Thomas H. Hammond, 1992, "Rethinking Allison's models", *American Political Science Review*, 63 pp.
- Blais, Andre y Louis Masicotte, 1996, "Electoral Systems", en Lawrence Le Duc, Noemi Richards y Norris Pippa (comps.), *Comparing Democracies: Elections in Global Perspective*, Sage, Londres.
- Blais, André y Louis Masicotte, "Electoral formulas: a macroscopic perspective", *European Journal of Political Research*, en prensa.
- Cox, Gary, 1997, *Making Votes Count: Strategic Coordination in World's Electoral Systems*, Cambridge University Press, Nueva York.
- Cutwright, Phillips, 1963, "National political development: measurement and political representation", *American Sociological Review*, núm. 28.
- Diamond, Larry, Juan J. Linz y Seymour Martin Lipset, 1990, *Politics in Developing Countries: Comparing Experiences with Democracy*, Lynne Rienner, Boulder.
- Downs, Anthony, 1957, *An Economic Theory of Democracy*, Harper and Row, Nueva York.

- Easton David, 1965, *A System Analysis of Political Life*, Wiley, Nueva York.
- Elster, Jon, Claus Offe y Ulrich K. Preuss, 1998, *Institutional Design in Post-Communist Societies: Rebuilding The Ship at Sea*, Cambridge University Press, Nueva York.
- Ferejohn, John, 1991, "Rationality and interpretation: parliamentary election in Early Stuart England", en Kriten Renwick Monroe (comp.), *The Economic Approach to Politics*, Harper Collins, Nueva York.
- Foucault, Michel, 1972, *The Archeology of Knowledge and Discourse on Language*, Phanteon, Nueva York.
- Frieden, Jeffrey A., 1991, *Debt, Development and Democracy*, Princeton University Press, Princeton.
- Frieden, Jeffrey A. y David A. Lake (comps.), 1995, *International Political Economy: Perspectives on Global Power and Wealth*, St. Martin Press, Nueva York.
- Friedman, Jeffrey (comp.), 1995, *The Rational Choice Controversy*, Yale University Press, Yale.
- Geertz, Clifford, Negara, 1980, *The Theater State in Nineteenth-Century Bali*, Princeton University Press, Princeton.
- Geddes, Barbara, 1991, "Paradigms and sand castles in the comparative politics of developing areas", en William Crotty (comp.), *Political Science: Looking to the Future*, vol. 2: *Comparative Politics, Policy and International Relations*, Northwestern University Press, Evanston.
- Geddes, Barbara, 1994, *Politician's Dilemma: Building State Capacity in Latin America*, California University Press, Berkeley.
- Geddes, Barbara, 1995, "Uses and limitations of rational choice", en Peter Smith (comp.), *Latin America in Comparative Perspective*, Westview Press, Boulder.
- Geddes, Barbara, 1996, "Initiation of new democratic institutions in Eastern Europe and Latin America", en Arend Lijphart y Carlos Waisman (comps.), *Institutional Design in New Democracies: Eastern Europe and Latin America*, Westview Press, Boulder.
- Geertz, Clifford, 1973, *Thick Description: Towards an Interpretative Theory Of Culture*, Basic Books, Nueva York.
- Gourevitch, Peter, 1986, *Politics in Hard Times*, Cornell University Press, Ithaca.
- Green, Donald P. e Ian Shapiro, 1994, *Pathologies of Rational Choice Theory: a Critique of Applications in Political Science*, Yale University Press, New Haven.
- Haggard, Stephan y Robert R. Kaufman, 1995, *The Political Economy of Democratic Transitions*, Princeton University Press, Princeton.

- Hall, Peter, 1992, "The movement from Keynesian to Monetarism: institutional analysis and British economic policy in the 1970s", en Sven Steinmo, Kathleen Thelen y Frank Longstreth, *Structuring Politics: Historical Institutionalism in Comparative Analysis*, Cambridge University Press, Nueva York.
- Hedström, Peter y Richard Swedberg, 1998, *Social Mechanism: An Introductory Essay*, Cambridge University Press, Nueva York.
- Hintze, Otto [1906], 1975, "Military organization and the organization of the state", en F. Gilbert (comp.), *The Historical Essays of Otto Hintze*, Oxford University Press, Nueva York.
- Horowitz, Donald D., 1985, *Ethnic Groups in Conflict*, University of California Press, Berkeley.
- Katzenstein, Peter J., 1985, *Small States in World Markets: Industrial Policy in Europe*, Cornell University Press, Ithaca.
- King, Gary, Robert O. Keohane y Sidney Verba, 1994, *Designing Social Inquiry: Scientific Inference in Qualitative Research*, Princeton University Press, Princeton.
- Kitschelt, Herbert, 1986, "Political opportunities structures and political protest: anti nuclear movements in four democracies", *British Journal of Political Science*, vol. 16, pp. 57-85.
- Knight, Jack, 1992, *Institutions and Social Conflict*, Cambridge University Press, Nueva York.
- Lacan, Jacques, 1968, *The Language of the Self*, Johns Hopkins University Press, Baltimore.
- Laitin, David D., 1986, *Hegemony and Culture. Politics and Religious Change among the Youruba*, Chicago University Press, Chicago.
- Laitin, David D., 1995, "The civic culture at 30", *American Political Science Review*, vol. 89, núm. 1, marzo.
- Laitin, David D., 1998, *Identity Formation: The Russian Speaking Population in the Near Abroad*, Cornell University Press, Ithaca.
- Levi, Margaret, 1997, "A model, a method and a map: rational choice in comparative and historical analysis", en Mark Irving Lichbach y Alan S. Zuckerman (comps.), *Comparative Politics, Rationality, Culture and Structure*, Cambridge University Press, Nueva York.
- Lévi-Strauss, Claude, 1966, *The Savage Mind*, trad. de George Weidferd y Nicholson Ltd., Chicago University Press, Chicago.
- Levy, Marion, 1952, *The Structure of Society*, Princeton University Press, Princeton.
- Lichbach, Mark Irving, 1997, "Social theory and comparative politics", en Mark Irving Lichbach y Alan S. Zuckerman (comps.), *Comparative Politics, Rationality, Culture and Structure*, Cambridge University Press, Nueva York.

- Lichbach, Mark Irving y Alan S. Zuckerman (comps.), 1997, *Comparative Politics, Rationality, Culture and Structure*, Cambridge University Press, Nueva York.
- Lijphart, Arend, 1982, *Democracies*, Yale University Press, New Haven.
- Lijphart, Arend, 1994, *Electoral Systems and Party Systems*, Oxford University Press, Londres.
- Lijphart, Arend y Carlos Waisman (comps.), 1996, *Institutional Design in New Democracies: Eastern Europe and Latin America*, Westview Press, Boulder.
- Lijphart, Arend, 1999, *Patterns of Democracy: Governments, Forms and Performance in Thirty-Six Countries*, Yale University Press, Nueva York.
- Linz, Juan José y Arturo Valenzuela (comps.), 1994, *The Failure of Presidential Democracy*, Johns Hopkins University Press, Baltimore.
- Lipset, Seymour M. 1959, "Some social requisites of democracy: economic development and political legitimacy", *American Political Science Review*, 53, pp. 69-105.
- Lipset, Seymour M. [1960], 1981, *Political Man: The Social Bases of Politics*, Johns Hopkins University Press, Baltimore.
- Mainwaring, Scott, Guillermo O'Donnell y Samuel Valenzuela (comps.), 1992, *Issues in Democratic Consolidation: The New South American Democracies in Comparative Perspective*, Notre Dame University Press, Notre Dame.
- Marx, Karl [1861], 1982, *Progreso técnico y desarrollo capitalista (1861-1863)*, Pasado y Presente, México.
- Marx, Karl y Friedrich Engels, 1974, *Colonialismo y guerra en China*, Roca, México.
- McCubbins, Matthew, 1991, "Party governance and US budget deficits: divided governments and fiscal statemate", en Alberto Alesina y Geoffrey Carliner (comps.), *Politics and Economics in the 1980's*, Chicago University Press, Chicago.
- Merton, Robert K., 1957, *Social Theory and Social Structure*, The Free Press of Glencoe, Nueva York.
- Milner, Helen V., 1988, *Resisting Protectionism: Global Industries and the Politics of International Trade*, Princeton University Press, Princeton.
- Moore, Barrington [1966], 1973, *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia*, Península, Madrid.
- Nohlen, Dieter, 1998, *Sistemas electorales y partidos políticos*, Fondo de Cultura Económica, México.
- North, Douglass C., 1981, *Structure and Change in Economic History*, Norton, Nueva York.
- North, Douglass C., 1992, *Institutions, Institutional Change and Economic Performance*, Cambridge University Press, Nueva York.
- Olson, Mancur, 1965, *The Logic of Collective Action*, Harvard University Press, Cambridge.

- Olson, Mancur, 1982, *The Rise and Decline of Nations: Economic Growth, Stagflation and Social Rigidities*, Yale University Press, New Haven.
- Ordeshook, Peter C., 1990, "The emerging discipline of political economy", en James E. Alt y Kenneth A. Shepsle (comps.), *Perspectives on Positive Political Economy*, Cambridge University Press, Nueva York.
- Ostrom, Elinor, 1995, "New horizons in institutional analysis", *American Political Science Review*, vol. 89, núm. 1, marzo, pp. 174-178.
- Parsons, Talcott, 1959, *Essays in Sociological Theory Pure and Applied*, The Free Press of Glencoe, Nueva York.
- Powell, Bingham Jr., 1982, *Contemporary Democracies: Participation, Stability and Violence*, Harvard University Press, Cambridge.
- Przeworski, Adam, 1991, *Democracy and the Market: Political and Economic Reforms in Eastern Europe and Latin America*, Cambridge University Press, Nueva York.
- Putnam, Robert D., 1993, *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*, Princeton University Press, Princeton.
- Pye, Lucian, 1962, *Politics, Personality and Nation Building: Burma's search for identity*, Yale University Press, New Haven.
- Riker, William H., 1962, *The Theory of Political Coalitions*, Yale University Press, New Haven.
- Riker, William H., 1975, "Federalism", en Fred Greenstein y Nelson Polsby (comps.), *Handbook of Political Science*, vol. 5, Adison Wesley, Massachusets.
- Rogowski, Ronald, 1993, "Comparative politics", en Ada W. Finifter (comp.), *Political Science: the State of the Discipline II*, The American Political Science Association, Washington D.C.
- Ruschemeyer, Dietrich, Evelyn Huber Stephens y John D. Stephens, 1992, *Capitalist Development and Democracy*, University of Chicago Press, Chicago.
- Saussure, Ferdinand de, 1959, *Course in General Linguistics*, trad. Wade Bakin, Philosophical Library, Nueva York.
- Sckopol, Theda, 1979, *States and Social Revolutions: a Comparative Analysis of France, Russia and China*, Cambridge University Press, Nueva York.
- Scott, James C., 1976, *The Moral Economy of The Peasants: Rebellion and Subsistence in Southeast Asia*, Yale University Press, New Haven.
- Seligson, Mitchell, 1980, *Peasants of Costa Rica and the Development of Agrarian Capitalism*, University of Wisconsin Press, Madison.
- Simon, Herbert H., 1945, *Administrative Behavior*, Free Press, Nueva York.
- Shugart, Matthew S. y John M. Carey, 1992, *Presidents and Assemblies: Constitutional Design and Electoral Dynamics*, Cambridge University Press, Nueva York.

- Smith, Peter, 1995, "The changing agenda for social science research on Latin America", en Peter Smith (comp.), *Latin America in Comparative Perspective, New Approaches to Methods and Analysis*, Westview Press, Boulder.
- Steinmo, Sven, Kathleen Thelen y Frank Longstreth, 1992, *Structuring Politics: Historical Institutionalism in Comparative Analysis*, Cambridge University Press, Nueva York.
- Stepan, Alfred, 1999, "Towards a new comparative analysis of democracy and federalism: demos constraining and demos enabling federations", ponencia presentada en el coloquio sobre Federalismo, Democracia y Política Pública en el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), 14 y 15 de junio.
- Taagepera, Rein y Matthew S. Shugart, 1989, *Seats and Votes*, Yale University Press, New Haven.
- Tarrow, Sidney, 1994, *Power in Movement: Social Movements, Collective Action and Politics*, Cambridge University Press, Nueva York.
- Tarrow, Sidney, 1996, "Social movements in contentious politics: a review article", *American Political Science Review*, vol. 90, núm. 4, diciembre.
- Tilly, Charles (comp.), 1975, *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton University Press, Princeton.
- Tilly, Charles, 1984, *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*, Russell Sage Foundation, Nueva York.
- Trejo, Guillermo, "Mobilizing ethnicity: a theoretical review with application to the fourth wave of indigenous mobilization in Latin America", documento de trabajo, CIDE, en prensa.
- Tsebelis, George, 1990, *Nested Games, Rational Choice in Comparative Perspective*, University of California Press, Berkeley.
- Wallerstein, Immanuel, 1974, *The Modern World System: Capitalism and Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*, Academic Press, Nueva York.
- Waterbury, John, 1992, "The heart of the matter: public enterprise and the adjustment process", en Stephan Haggard y Robert Kaufman (comps.), *The Politics of Economic Adjustment*, Princeton University Press, Princeton.
- Weber, Max [1917], 1949, *The Methodology of the Social Sciences*, trad. Edward Shils y Henri Finch, Free Press, Nueva York.
- Weber, Max [1904], 1985, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, trad. Talcott Parsons, Unwin Paperbacks, Londres.
- Williamson, John (comp.), 1994, *The Political Economy of Policy Reform*, Institute for International Economics, Washington D.C.